

¿DEBEN SUFRIR LOS CREYENTES?

Para iniciar este artículo permítame hacerle una pregunta: ¿Es usted de los que creen que las finanzas son un reflejo, o un buen síntoma de la bendición de Dios? Sé que muchos al repasar su doctrina contestarán que ¡no!, pero en el fondo, es la experiencia de la mayoría. A raíz de conceptos como éste, muchos murmuran en contra de Dios, porque al ver que no les aumentan el sueldo en el trabajo, al verse endeudados y en situaciones difíciles en sus finanzas creen que Dios no los bendice. Doctrinalmente muchos saben que las finanzas no necesariamente son un reflejo de la bendición de Dios, sin embargo, en la “práctica generacional” viven otra cosa. Cuando uso la frase: “práctica generacional”, me refiero a la generación en la que nos tocó vivir el Evangelio y a lo que nos transmitieron en la práctica nuestros ayos en la fe.

Yo estoy consciente que la mayoría de los hermanos que caminan conmigo, saben que no debemos abrazar la doctrina evangélica de “paz, poder y prosperidad”. La mayoría asentimos que tal doctrina es diabólica y que nunca provino del corazón de Dios, pero en la práctica generacional decimos y vivimos de manera contraria. La mayoría de creyentes nos medimos en base a las finanzas, cuando sentimos que las finanzas empiezan a tambalearse y a escasear, tratamos de orar más, tratamos de buscar más al Señor. Esto nos muestra que aunque nuestra doctrina diga una cosa, por causa de la práctica generacional hacemos otra. Cuántos han juzgado en sus corazones a algún hermano, al que siempre lo admiraron por su buen carro, su bonita casa, su elegante esposa, sus hijos bien parecidos, y de repente ven que el hermano viene a pique en sus finanzas; en sus adentros, seguramente han dicho: *¡Ah, quién sabe en que pasos anda el hermano, por eso Dios lo está dejando en la calle!* ¿Por qué nuestra experiencia no concuerda con nuestra doctrina? Yo le pregunto: ¿Se ha afligido usted alguna vez porque le llegó a sus manos algún dinero extra?, ¿Cuántos han ido a pedir oración porque les aumentaron el salario? ¡Seguramente nadie! Jamás vamos a creer que el diablo es el que puede hacer que tengamos más dinero, al contrario, usted cree que no anda tan mal como pensaba y por eso Dios lo está bendiciendo. Si esa es su experiencia, tarde o temprano usted entrará en lo que le podemos llamar: “Una crisis de fe”.

Yo he tenido la oportunidad de atender hermanos que empiezan a atravesar por problemas financieros, y lo primero que me dicen es: *“hermano, no sé por qué me está pasando esto, no sé en qué he fallado, Dios sabe que he sido fiel para dar mis diezmos”*. ¡Ah!, ¿se dan cuenta?, estos hermanos han dado sus diezmos a la manera de los que doctrinalmente tienen la doctrina de la prosperidad, pues, el lema de éstos es: “siembra tus diezmos y el Señor te va a dar más”, así nos ha enseñado la práctica generacional, muchos en la realidad dan sus diezmos porque creen que con esa cuota de fidelidad amarran a Dios para que siempre estén abundados, pero cuando viene el tiempo de la dificultad, lo primero que hacen es reclamarle a Dios. Hermanos, entendamos que es Dios mismo quien nos pone en “crisis de fe”. Si no entendemos este punto, el Evangelio se convertirá en la triste experiencia de algunos matrimonios, que viven “juntos pero no revueltos”. Muchos al verse en crisis siguen llegando a la Iglesia sólo por el orgullo religioso, sólo por evitar el “qué dirán”, pero en su interior están alejados y distantes de Dios. Es allí donde el Evangelio pierde el sabor para muchos, porque no entienden que la crisis financiera, la enfermedad, así como la bonanza, la salud y muchas otras vicisitudes de la vida no son la esencialidad del Evangelio.

Dios tiene Sus maneras de obrar, y es problema del hombre mal interpretarlo. Dicen pasajes como *Romanos 5:3* **“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las**

tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia". ¿De verdad nosotros podemos gloriarnos en las tribulaciones? Si usted no tiene el Evangelio original, seguramente usted se amargarará en las tribulaciones, se frustrará por las pruebas que le vengan, porque nació en una generación que perdió la naturaleza primigenia (original) del Evangelio. A veces me he encontrado con hermanos que andan en pruebas, y su semblante se les ve decaído, lo peor es que se desquitan con uno lo que Dios les está provocando. Si tan sólo leyéramos la Biblia, nos pudiéramos dar cuenta que la naturaleza primigenia del Evangelio implica el sufrimiento, el quebranto y el dolor.

Hermanos, estamos tan desconectados del Evangelio que vivió la Iglesia del principio, que hay cosas que narra la Biblia que creemos que son "leyendas". Dice *Hechos 5:40* "... **y después de llamar a los apóstoles, los azotaron y les ordenaron que no hablaran en el nombre de Jesús y los soltaron. v:41 Ellos, pues, salieron de la presencia del concilio, regocijándose de que hubieran sido tenidos por dignos de padecer afrenta por su Nombre**". ¿Nos pudiéramos haber gozado nosotros en esa situación? ¿Es este Evangelio de los apóstoles nuestro evangelio? El Señor dijo claramente: "En el mundo tendréis aflicción...", también dijo: "... **os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis odiados de todas las naciones por causa de mi nombre**" ¡Ah!, ese no es el Evangelio que tenemos, ese no es el Evangelio que nos han presentado. Los creyentes de ahora terminan en amargura cuando vienen las pruebas. Hermanos, cuando Dios llama a alguien a Sus caminos es normal que lo ponga en tribulación. El dolor es necesario para que Él manifieste Su gloria en lo mortal, eso no debe ser cosa extraña para nosotros.

Supe de un ministro que en sus primeros años de predicador le iba muy mal económicamente, a raíz de eso su esposa pasaba serias dificultades para preparar el alimento para sus hijos. Un día resultó que no tenían otra cosa para comer, más que frijoles crudos, el problema es que se les había acabado el gas y el hermano no tenía dinero para comprarlo, así que el hermano decidió orar para que el Señor le llenara el tanque; cuando terminó de orar, el milagro había pasado, el tanque de gas estaba lleno, así que la esposa pudo cocinar. Al pasar de los días, el gas se volvió a escasear, y él nuevamente volvió a orar; otra vez el milagro volvió a suceder. Así vivieron mucho tiempo, viendo que vez tras vez Dios les llenaba el tanque de gas. Con el pasar del tiempo, el hermano fue prosperando económicamente y en una de esas el milagro del tanque cesó. El hermano cuando vio que el milagro cesó se puso a llorar, porque se preguntó: "¿Qué hubiera sido mejor, estar abundado y tener para comprar gas, o estar viendo la mano de Dios constantemente?" Hermanos, es Dios quien se ve en la necesidad de ponernos en crisis para poder manifestarse.

No nos convirtamos en opositores de Dios, en un pueblo insensato que no entiende que es necesario gloriarnos en las tribulaciones. Dios permite que estemos en conflictos para que Él pueda mostrar en nosotros Su poder. Dios nos puede enfermar para mostrar que nos puede sanar, o nos puede enfermar para mostrar que nos puede sostener a pesar de no estar sanos. Leamos a continuación la experiencia del Evangelio del apóstol Pablo: "**Y dada la extraordinaria grandeza de las revelaciones, por esta razón, para impedir que me enalteciera, me fue dada una espina en la carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca. Acerca de esto, tres veces he rogado al Señor para que lo quitara de mí. Y El me ha dicho: Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí. Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte**". (2 Corintios 12:7-10).

Hermanos, siempre hay un propósito en Dios en lo que nos acontece. La tribulación prueba lo que somos y lo que tenemos, es necesario que soportemos el fuego de prueba que purifique nuestra fe, así lo dice *1 Pedro 1:6* ***“En lo cual os regocijáis grandemente, aunque ahora, por un poco de tiempo si es necesario, seáis afligidos con diversas pruebas, v:7 para que la prueba de vuestra fe, más preciosa que el oro que perece, aunque probado por fuego, sea hallada que resulta en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo”***. Qué tristeza dan los creyentes que caminan sólo cuando las cosas están bien, pero media vez empiezan los problemas, se detienen, y otros hasta desisten en su caminata con Dios. Dice también *2 Corintios 4:17* ***“Pues esta aflicción leve y pasajera nos produce un eterno peso de gloria que sobrepasa toda comparación”***. A los discípulos del principio las tribulaciones los encendían más en sus espíritus, mientras más sufrían, más la gloria de Dios vibraba entre ellos. Pero a los creyentes de este siglo una gripe los derriba, no digamos si a alguien le diagnostican cáncer, casi de manera inmediata cualquiera claudica en su fe. El Evangelio de hoy en día nos ha enseñado por medio de la práctica generacional que no debemos sufrir. Cuán perdidos y desubicados estamos los creyentes en cuanto al Evangelio que vivió la Iglesia del principio.

Hoy tenemos una errada concepción que entre más cerca de Dios estamos mejor nos tiene que ir en esta vida. Hemos convertido el dolor en un sinónimo de estar mal con Dios, sin darnos cuenta que muy probablemente ese dolor, o esa dificultad es una puerta que Dios ha propiciado para que Su Vida de poder se manifieste en nosotros. Dice *Hebreos 12:9* ***“Además, tuvimos padres terrenales para disciplinarnos, y los respetábamos, ¿con cuánta más razón no estaremos sujetos al Padre de nuestros espíritus, y viviremos? v:10 Porque ellos nos disciplinaban por pocos días como les parecía, pero El nos disciplina para nuestro bien, para que participemos de su santidad. v: 11 Al presente ninguna disciplina parece ser causa de gozo, sino de tristeza; sin embargo, a los que han sido ejercitados por medio de ella, les da después fruto apacible de justicia”***. Quiere decir que en el Evangelio en el que estamos, en muchas ocasiones es Dios mismo quien nos mete al fuego de la prueba, Dios mismo nos causa la disciplina dolorosa, pero ¿con qué objetivo? con el fin de que participemos de Su santidad ¡Aleluya!, Él necesita que lo expresemos, es por eso que prueba nuestra fe mediante el dolor.

¿Qué es la fe? En palabras sencillas *“la fe es no tener nada, pero creer que aún así lo tenemos todo”*. Dios prueba nuestra fe quitándonos la salud, el dinero y todo aquello que nos brinda información de que estamos bien, Él nos quita todo aquello que causa que nuestra vida sea comfortable. Justo cuando Dios nos quita todos los elementos que nos ayudan a nuestro confort interno, entonces, Dios sabe cómo realmente está nuestra fe. Es en ese momento cuando nuestra fe resulta en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo.

Si algo exalta a Dios es que le creamos, aun así no tengamos nada. La fe que exalta a Dios es como la que tuvo Job, un hombre que fue grandemente quebrado al punto de quedar sin nada. A Job Dios le quitó sus hijos, su ganado, sus criados, excepto una cosa: a su esposa insensata. ¡Ah! qué Dios más raro el que tenemos, sin embargo, todo aquello generó una expresión en Job que hasta el día de hoy resulta en alabanza para Dios: ***“... Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito. En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno”*** (*Job 1:21–22*). ¿Somos nosotros capaces de mantenernos creyendo que nuestro Dios no nos va a dejar ni a desamparar y que está con nosotros en

todo momento, aunque no lo veamos ni lo sintamos? Dios nos permita terminar la jornada de esta vida en la tierra despidiéndonos de las promesas, saludándolas, talvez sin haberlas visto cumplidas, pero creyéndonlas, honrando a Dios con nuestra fe.

Dios espera que nuestra vida en el Evangelio sea un testimonio de fe, que con nuestra vida le digamos a todos que creyendo en Él estamos más que servidos. Que un día podamos decir como Pablo: **“Pero lo he recibido todo y tengo abundancia; estoy bien abastecido, habiendo recibido de Epafrodito lo que habéis enviado: fragante aroma, sacrificio aceptable, agradable a Dios”**. (Filipenses 4:18). ¿Sabe adonde estaba el apóstol cuando escribió estas palabras? En la cárcel, ¡Ah! ¡Qué contentamiento el de Pablo estando en la cárcel! y todavía en la misma carta le dijo a los hermanos de Filipos: **“Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!”** (Filipenses 4:4). Hermanos, la fe de estos hombres honró a Dios.

Necesitamos volver al evangelio original, a la experiencia de estos hombres de la Iglesia del principio. El Reino de Dios necesita hoy tales hombres, que lo honren, que mantengan su fe; no como esta generación que nos ha enseñado en la práctica a ser cobardes, quejumbrosos, mezquinos, ambiciosos, que hemos hecho del reino de Dios un centro de beneficencia personal.

Piense conmigo lo siguiente: Si yo compro un vaso de vidrio que soporta ser lanzado desde una buena altura sin quebrarse, obviamente, lo puedo lanzar desde esa altura y no se va a quebrar. Si viene un “fulano” a decirme: “yo tengo un vaso igual que el tuyo”, yo le diría que lo tire y que lo probemos. Si el vaso del “fulano” es igual al mío no se debería quebrar. Igualmente es lo que nos debe acontecer a nosotros a causa de la Vida divina que nos han dado. Si tenemos la Vida de Cristo en nosotros, si la Biblia dice que Él no se avergüenza de llamarnos “Sus hermanos”, entonces, debemos de ser probados en fe. Si el Padre llevó a Su Hijo unigénito a la cruz, también a nosotros nos ha de llevar a la muerte, Él tiene que probarnos. El problema es que la práctica generacional nos ha vuelto inmunes a la cruz, los creyentes de hoy repelemos el dolor, un medio sufrimiento viene y ya salimos corriendo.

Quiero terminar con un pasaje, el cuál, hace años el Señor me permitió convertirlo en un coro; me refiero a *Habacuc 3:17* **“Aunque la higuera no eche brotes, ni haya fruto en las viñas; aunque falte el producto del olivo, y los campos no produzcan alimento; aunque falten las ovejas del aprisco, y no haya vacas en los establos, v:18 con todo yo me alegraré en el Señor, me regocijaré en el Dios de mi salvación. v:19 El Señor Dios es mi fortaleza; El ha hecho mis pies como los de las ciervas, y por las alturas me hace caminar”**. Dios nos permita salir de esta generación en la que nacimos, que nuestra fe sea tan sólida que no necesitemos ver abundancia y prosperidad para creer y permanecer en el Evangelio. El sufrimiento es la parte práctica que no nos gusta del Evangelio, de esto queremos huir, pero no habrá tal gloria venidera sin padecimiento. No seamos prófugos de la voluntad de Dios, aceptemos el dolor que Él ha designado para nosotros. Entendamos que no hay Evangelio, ni gloria venidera sin padecimiento.